

Los caricaturistas españoles Sancha y Bagaría



SANCHA

LECTOR: Otra vez perdón por volver a meterme en camisa de once varas. No soy escritor porque no sé más; no es por falta de ganas. Pero esta vez la culpa de todo, la tiene el amigo Sancha, que al cabo de diez años de ausencia (él fué a Londres a hacer fortuna, y yo vine a Madrid a hacerla) nos encontramos otra vez los dos sin un capital superior a catorce reales. Lo natural fué preguntarle por una serie de cosas, a que él, con gran amabilidad, me ha contestado en la siguiente carta:

«Madrid, 2 de enero 1923.

Carta abierta al caricaturista L. Bagaría.

Mi querido y viejo amigo: Tal vez sea yo más amigo de usted que usted pueda serlo mío, si esto de la amistad se afirma con los años; ya sabe usted que yo soy uno de los más viejos dibujantes que quedan vivos en España. Yo soy muy viejo, como que tengo dos años menos que Xaudaró!

Cuando yo empecé no existían más que Cilla y Mecachis; Pons acababa de desaparecer de España. Esto de dibujantes que desaparecen es muy corriente entre nosotros. Yo también desaparecí, y ahora, después de tantos años, vuelvo el mismo. Quiero decir

que no es que haya resucitado; es mi misma vida de siempre, y aun creo que en bastante buen estado de conservación. Claro está que nunca como Luis de Tapia, que tiene dos años más que Xaudaró.

Me encantó, querido Bagaría, encontrarle ahora en esa cervecería con ese jardín zoológico tan divertido que usted ha decorado. Nos tomamos unas cañas de cerveza, como dicen ahora, de cerveza alemana—«Made in Spain»—excelente, y usted me pidió una entrevista y voy a complacerle.

Espero que no le interese a usted saber, ni al público tampoco, el color que prefiero, ni la flor que más me gusta, ni el héroe novelesco o de la vida real que más admiro... De admirar algún héroe, me admiro a mí mismo. Ya sabe usted que estoy casado con una paisana suya, natural de Barcelona (Cataluña), que me dió cinco hijos admirables, mitad catalanes y mitad malagueños, que resulta una mezcla muy recomendable. Pero, claro está, es algo así como tener, mi mujer y yo, una casa de huéspedes en la que nadie paga. Como negocio es ruinoso.

* *

Me pregunta usted qué me ha parecido Londres, y le contesto: Fantástico, admirable. En Londres hay que vivir diez años como mínimo para irse dando cuenta, y es imposible que yo le dé una opinión exacta. Londres no es una ciudad; es el Universo y la vida entera desde la creación del mundo. Su vida es distinta de la nuestra, española y madrileña, cuya alma sale enseguida a los labios, a las pestañas. El alma de Londres está mucho más profunda; pero da el interés de buscarla, y, encontrada, paga con creces.

Me pregunta usted que opinión tengo de los dibujantes ingleses. Mire usted: yo sé poco de estas cosas. Es decir: tal vez crea que sé algo; pero si se me hace una pregunta concreta no sé nunca qué contestar. Verá usted: los dibujantes ingleses, los pintores ingleses, todos son de una gran modestia. Quiero decir que ninguno ha dado en esta condición meridional de creerse un genio; y así, todos, sin excepción, aprenden y trabajan el oficio a conciencia; no se improvisa nada... Ahora dígame usted si sólo esta condición no es de valor. Si después de aprender el oficio se

encuentran con genio también, el resultado es definitivo.

Me pregunta usted qué dibujante de periódico admiro más. En esta tarea diaria de dibujar para periódicos hay un dibujante que durante diez años seguidos he visto su labor en el «Daily Mirror». Su nombre es Haselden, y es un admirable dibujante, de equilibrio, de forma, de carácter, que hace cada día una historieta de seis dibujos con un sentido de humor extraordinario. Y este dibujante ha nacido por casualidad, porque sus padres fueron allí, en Sevilla. Si esta coincidencia ha influido en su talento, allá que los sevillanos se las compongan con el problema.

Me pregunta usted qué opinión tengo de los dibujantes españoles. ¡Qué duda cabe! Se ha adelantado una enormidad. ¡Si usted hubiese conocido Madrid hace veinticinco años, cuando los grabadores le explicaban a usted cómo habían de hacerse las líneas para que saliesen bien en el fotograbado! Y los editores nos hablaban de su «público especial», al que había que someterse.

Yo creo, que como ninguna raza, la nuestra tiene condiciones para todo; pero creo que no debemos conformarnos con pasar la frontera en un deseo de completar nuestra cultura. Está muy bien que se haga; pero luego hay que pasar el canal y enterarnos también. Las dos experiencias nos pueden completar y darnos derecho a codearnos con cualquier raza de dibujantes.

Me pregunta usted qué efecto me



Autocomicatura de BAGARÍA

(El Sol, Madrid).